



Mano a mano entre Caravaggio y Quevedo

Álvaro Enrigue recoge en la novela 'Muerte súbita' la dicotomía de la modernidad desde los prismas opuestos de los dos artistas

CRÍTICA
NOVELA

LUIS ÁNGEL
ADÁN LEÓN



Un amigo solía dividir los ensayos sociológicos en dos bloques: los franceses y los ingleses. Los franceses estaban especializados en descripciones pormenorizadas y exhaustivas de todos los elementos que tomaban parte en el tema estudiado para crear una visión lo más cercana posible. Pero siempre te quedabas con la sensación de que no entraban a valorar, no se

acaban enfangando y tomando partido. Los ingleses, al contrario, no hacían otra cosa que meterse en harina e interpretar los hechos estudiados en lugar de describirlos exhaustivamente. La novela histórica, evidentemente, no es un ensayo pero si basa parte de su éxito en la capacidad que tenga de recrear más o menos pormenorizadamente una época, es decir, pertenece a la tradición francesa. Lo que es menos habitual es la tradición inglesa, es decir, partir de una interpretación, de una especie de epifanía histórica, para organizar la trama narrativa que no describe sino origina la interpretación de los hechos. Esta novela es así.

Parte de una realidad histórica: el final del Renacimiento y el comienzo de la Contrarreforma. Pero

para presentarla utiliza el desarrollo de una partida de tenis de tres sets en la Roma de 1599. Es un punto dramático que explosiona hacia fuera. En la pista se enfrentan dos versiones de la modernidad en el momento en que ésta estalla: por un lado, Caravaggio, con una idea del arte más cercana a Andy Warhol que a Miguel Ángel, homosexual declarado, condenado a muerte por el papado y representante más laxo de la Contrarreforma, ante un Quevedo más estricto y marcado por la rigidez y el lastre del imperio español. El partido de tenis se presenta como sucedáneo de un duelo de honor con una pelota hecha, como todas las mejores de entonces, con pelo humano.

De esa explosión se expande la historia con mayúsculas hacia adelante y

hacia atrás de los dos contrincantes y de la pelota misma, por los países que representan esos tres elementos. De los cabellos que integran la pelota vamos a la Inglaterra de Enrique VIII; de Caravaggio al papado, que pasa de ser Europa de hogueras; por la parte de Quevedo a Hernán Cortés, antepasado de su compañero de correrías



MUERTE SÚBITA

Autor: Álvaro Enrigue.
Editorial: Anagrama.
Barcelona, 2014.

el Duque de Osuna, y a la conquista de México. El mundo se ha vuelto repentinamente enorme y diverso y la novela nos coloca en medio de ese caos ya inabarcable: un mercenario francés roba las trenzas de la cabeza decapitada de Ana Bolena; el Papa Pío IV (padre de familia y aficionado al tenis) lanza a Europa a un espiral de violencia religiosa; en América un obispo michoacano se toma al pie de la letra la Utopía de Tomás Moro; en Roma Caravaggio multiplica de repente el caché de sus obras como si de una estrella de rock se tratara.

Todo eso aparece en flashes a lo largo del violento juego de los jóvenes disipados que eran Caravaggio y Quevedo en ese momento. Todo está relacionado de una manera u otra y contribuye a crear un fresco salvaje y violento, cómo el mundo que describe, en el que no hay demasiado espacio para las buenas intenciones. La novela está escrita con la rabia de quien quien confiesa que está harto de que siempre ganen los malos y arrasen con todo y los buenos, los desaparecidos, se queden sin nada. Con la misma con que veíamos quebrarse la inocencia y perder la cabeza a Ana Bolena en la corte de los Tudor.